
II
FÚTBOL
E IDENTIDADES TERRITORIALES

Fútbol e identidad regional en Ecuador

Jacques Paul Ramírez Gallegos*

*“Un vacío asombroso: la historia oficial ignora al fútbol.
Los textos de historia contemporánea no lo mencionan,
ni de paso, en países donde el fútbol ha sido y sigue
siendo un signo primordial de identidad colectiva.
Juego luego soy: el estilo de juego es un modo de ser,
que revela el perfil propio de cada comunidad
y afirma su derecho a la diferencia”*

Eduardo Galeano

Cuando se habla de la construcción de identidades colectivas, en las ciencias sociales, existen varias entradas teóricas para tratar el problema. Dentro de la perspectiva antropológica han surgido tres corrientes que explican el problema de la identidad: el esencialismo, el procesualismo y el constructivismo¹.

Sin embargo, existe cierto consenso en la actualidad, por lo menos dentro de la escuela francesa en contraposición al individualismo metodológico y a las teorías de la acción racional, en asumir las identidades no como atributos esenciales o transhistóricas, sino como un sistema de relaciones y representaciones. En tal medida, la identidad es procesual y dialógica: es decir, se construye y reconstruye en la praxis social a partir de la relación de alteridad que una entidad social definida tiene con otras entidades análogas, oposición que por lo general se da en torno a recursos tanto materiales como simbólicos que son necesarios para la existencia y continuidad sociocultural de los involucrados (Almeida, 1997: 175; Rivera, 1996: 1-5).

En este sentido, no es erróneo afirmar que el fútbol es un lugar, un espacio, un filtro, un espejo idóneo para observar dichas relaciones, contraposiciones y afianzamientos de identidades locales, regionales y nacionales.

Para comprender esta idea parto de dos supuestos. El primero es advertir las consecuencias analíticas que se derivan de la relación existente entre fútbol y so-

* Antropólogo, investigador social del centro de investigaciones CIUDAD (Quito, Ecuador).

ciudad. El deporte no está separado, no funciona en contra de la sociedad, sino que entre una y otra existen interconexiones. “El deporte forma parte de la sociedad, al igual que la sociedad tiene que ver con el deporte” (Medina Cano, 1996: 30). En segundo lugar, es preciso entender que para el caso ecuatoriano el fútbol se constituye en una metáfora de comprensión del problema regional. No está de más manifestar que los fenómenos sociales existentes en el fútbol –violencia, racismo, machismo, pandillerismo o regionalismo– no son situaciones y consecuencias atribuidas del deporte como tal sino que, por el contrario, son expresiones sociales existentes en nuestra cotidianeidad y que se hacen más visibles y notorias en los escenarios deportivos².

El interés primordial de este artículo es ver cómo a partir de un hecho sociocultural como lo es, el fútbol al mismo tiempo expresa, condensa, visibiliza y acentúa las diferencias y los antagonismos regionales. Sin embargo, cabe considerar que si bien en otros ámbitos de la vida cotidiana también encontramos este problema –como en la política, por ejemplo– el campo de análisis de la problemática de “lo regional” en relación al fútbol adquiere nuevos matices por cuanto los discursos que circulan y recrean esta idea de regionalismo son originados desde espacios nuevos o no convencionales como lo son las barras de los equipos o los medios de comunicación. Estos elementos, sumados a los datos históricos de nuestro país, nos hacen plantear la hipótesis de que en Ecuador el ideal de “unidad” y de Estado Nación sólido y unificado se ven truncados por la existencia de “identidades primordiales” en términos de Geertz (1990) como las regionales. Para el trabajo que proponemos, es indispensable empezar por la conceptualización y el análisis de lo que se entiende por región, y entender qué es el regionalismo.

El concepto de región, la “cuestión regional” y el regionalismo

Antes de profundizar el tema es necesario aclarar algunas ideas que rondan en el imaginario de la mayoría de los ecuatorianos y que se han convertido en una especie de “conciencia nacional” respecto al espacio geográfico de nuestro territorio. Me refiero a la existencia de las tres regiones naturales: costa, sierra y oriente, una especie de panacea tórrida que ha avalado los más diversos procesos de separación sociocultural a los que nos hemos visto sometidos los ecuatorianos. Es decir “una aparente –o quizás real– ingenua concepción del relieve o de la ecología que funda identidades, lealtades y, en el extremo, desigualdades, todas llamadas a constituirse en elementos claves de la nacionalidad ecuatoriana” (Trujillo, 1983: 53).

En esta medida, se ha producido una suerte de determinismo geográfico a partir del cual se piensa que el medio ambiente determina el accionar de las personas. Es obvio que a los seres humanos les afecta su entorno, pero no es el entorno el que crea una cultura (y/o regiones culturales) sino que, por el contrario, es el fac-

tor transformador del hombre el que crea cultura. El medio ambiente constriñe pero no determina. En esta medida, al hablar de región no hay que entenderla solamente como una unidad geográfica o como una unidad ecológica, ya que esto no bastaría para definirla como tal (Saint Geours, 1994: 145)³. Nuestro interés no es estudiar regiones “naturales”, sino más bien detenernos en el análisis de las regiones socioculturales y ver cuándo llegan a constituirse en una “cuestión regional”.

Varios son los trabajos que al respecto se han hecho en nuestro país, y en la mayoría de estos estudios se han planteado dos entradas al problema: unos consideran al hecho regional como un fenómeno político que se explica en términos de estructuras geográficas diferentes, y otros en cambio lo explican a partir de estructuras económicas diferenciadas que han persistido a través del tiempo (Maignashca, 1983: 180). Sin embargo, son muy pocos los autores que al estudiar el caso ecuatoriano se han preocupado por la conceptualización del término “región” y por explicar qué es lo que determina que la variable región se constituya en una cuestión regional⁴.

Para comprender este aspecto hay que retomar las ideas de Quintero y Maignashca, para quienes lo regional es ante todo un fenómeno político. Así, “las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas y económicas, son construcciones de agentes sociales históricamente determinadas. En otras palabras, se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos desarrollados según el caso, en los que determinaciones objetivas vienen procesadas en función del acervo cultural del grupo y de las circunstancias históricas concretas que le circulan” (Maignashca, 1983: 181). Al plantearse el problema regional como algo político no se está excluyendo en el análisis los aspectos históricos, económicos, sociales, culturales y/o religiosos que de hecho están presentes en el problema regional.

Las regiones, por ende, no son algo dado que persiste inmutable e invariable con el paso del tiempo: por el contrario, son producto de todo un constructo histórico particular dado en un espacio geográfico determinado, que hace que se diferencien las unas de las otras. Es por esto que se hace indispensable para la existencia de regiones el reconocimiento de una alteridad a partir de la cual asumo la existencia de “mi región”, siempre teniendo en cuenta que las regiones responden generalmente, aunque no siempre, a proyectos políticos de un grupo hegemónico determinado.

Es importante señalar también que la región es una comunidad imaginada e imaginaria como lo es la “nación” en términos de Anderson (1993), aunque puede afirmarse que en virtud de su escala geográfica y de la mayor visibilidad de su substrato territorial, la región está más próxima a los intercambios sociales de base y, por lo tanto, es menos “anónima” y menos “imaginada” que ésta última (Gimenez, 1999: 4).

Teniendo claro esta conceptualización es necesario analizar cuándo el problema regional adquiere el carácter de “cuestión regional”. Para José Luis Coraggio,

“ubicarla como ‘cuestión’ es sólo una forma sintética de evaluar su potencialidad social” (Coraggio, 1989: 21). Y para que se la catalogue como tal se requieren dos condiciones:

En primer lugar, para catalogarla como “cuestión regional” propone que se constituya como una cuestión de Estado, es decir, como una cuestión que exige una resolución política, porque su reproducción socava la hegemonía del bloque en el poder.

La segunda condición fundamental que Coraggio propone para que un “problema regional” conforme una “cuestión regional” es que tenga carácter reproductivo. En otros términos, “se trataría de una contradicción que las estructuras de la sociedad procesan, reproduciéndola, sin poder resolverla dentro de sus propios límites estructurales” (1989: 23).

A estas dos características Quintero agrega una más, y plantea que la región como un hecho histórico demanda de un conjunto de actores socializados en un sistema que exprese síntomas de una desarticulación entre el Estado y la sociedad. Teniendo presente estos aspectos se puede afirmar que:

“Sólo cuando se dé un conflicto social (actual o potencial) de base territorial, reproducible, cuya resolución afecte la correlación de fuerzas en el orden nacional (directa o indirectamente), que tenga raíces profundas en las estructuras de la sociedad civil o en nacionalidades o grupos étnicos relativamente autónomos, estaríamos en presencia de una situación que, afectando a la sociedad en su conjunto (aunque con efectos diferenciales para sus diversas etnias, clases o fracciones) puede constituirse en una Cuestión Regional” (Coraggio, 1989: 34).

Por otro lado, no se puede entender bien todo este problema sin entrar en el tema del poder y las hegemonías en relación con la cuestión regional. Al respecto, tanto Coraggio como Quintero reconocen la particularidad de la cuestión regional y plantean que no hay que verla como determinada por el “modelo nacional”, donde “lo regional” y su resolución estarían totalmente subordinados al tratamiento que le dé la sociedad a la problemática nacional que en sí misma sería a-regional (Coraggio, 1989: 21). Sin embargo, hay que reconocer que toda cuestión regional es una forma de manifestación de la cuestión nacional, comprendida ésta como el dilema teórico y político de las clases fundamentales para unificar económica, política y socialmente una comunidad cultural (Quintero, 1991: 34).

Ahora bien, si retomamos uno de los supuestos de los que parte esta investigación que está en relación con el manejo discursivo en torno a la selección nacional⁵, discurso que apela a la “unidad nacional” y a un cierto espíritu nacionalista, éste queda truncado –y esto ha sido constatado en nuestras primeras observaciones– por la existencia de dos aristas transversales que son muy notorias en los escenarios deportivos, las cuales deforman, limitan y se interponen a esta idea

de unidad nacional: regionalismo y racismo, están presentes no sólo en la mayoría de las personas, sino también en los medios de comunicación.

Lo dicho anteriormente queda reforzado si retomamos las palabras de Quintero y Silva, para quienes “la presencia y persistencia de una *cuestión regional* en una formación social concreta como la ecuatoriana delata, a nuestro entender, la ausencia de una clase hegemónica en la escena política para imponer su proyecto político como el proyecto histórico del conjunto de clases” (1996: 34-35). Paralelamente, los autores mencionados señalan cinco particularidades al tratar la cuestión regional. Para nuestro análisis mencionaremos solamente dos.

La cuestión regional no provoca un fortalecimiento de la conciencia nacional y, es más, inclusive puede provocar un fraccionamiento y debilitamiento de la misma, cuando da lugar al nacimiento de una conciencia regional, a ideologías regionalistas, y a prácticas políticas regionales⁶ que no se constituyen en ningún nivel de apropiación de la cuestión nacional.

Como expresión de lucha política, como respuesta a la ausencia de resolución de los puntos nodales en materia de unificación nacional⁷, la cuestión regional atañe básicamente a las contradicciones entre las clases dominantes, a su pugna por el poder y a la ausencia o debilidad de una clase capaz de unificar a las distintas tendencias económicas y políticas de las distintas fracciones de la clase dominante mediante un proyecto nacional.

Finalmente, para terminar este acápite, hay que saber qué es lo que se entiende por regionalismo. Al respecto algo se dijo en líneas anteriores. Debemos entender por regionalismo a “la tendencia política de aquellos que son favorables a las autonomías regionales”. Pero no siempre ha sido así. Apenas treinta años atrás una definición tal habría parecido muy extraña. Con la palabra regionalismo se indicaba, entonces, solamente la actitud de “excesivo interés y amor por la propia región”⁸ (Bobbio, 1974: 1414-1415).

En este punto es importante señalar que al analizar el problema regional a partir del fútbol encontramos básicamente dos regiones: Quito y Guayaquil⁹. Y, al revisar la historia de nuestro país, encontramos que estas dos concepciones sobre regionalismo señaladas anteriormente son aplicables para el caso ecuatoriano. Así, cabe recordar la propuesta de las élites guayaquileñas en los años 1939 y 1959, que proclamaban un “Guayaquil independiente”, debido sobre todo a la existencia de un marcado centralismo; y más recientemente, todas las propuestas de descentralización que han surgido en estos últimos años a raíz del cierre de frontera con el Perú en 1998. Sin embargo, el origen de este problema hay que ubicarlo muchos años atrás, incluso antes de la formación del Ecuador como república. Y ya cuando éste queda formalmente consolidado en 1830, una de sus principales dificultades fue forjar una identidad nacional, una identidad de ecuatoriano que resultó truncada por la existencia de otros tipos de identidades que

compitieron con la identidad nacional: de tipo territorial, de tipo ético-religioso y de tipo étnico (Maiguashca, 1983: 185).

Si bien con el pasar de los años estas tendencias cambiaron paulatinamente, nunca desaparecieron en su totalidad, existiendo hasta la actualidad –en algunos casos– un exacerbado sentimiento regionalista que es muy notorio en los espacios deportivos donde se juega al fútbol. Este tipo de sentimientos que responden a la segunda noción de regionalismo planteada por Bobbio muchas veces responde a un manejo de los medios de comunicación (sobre todo en la radio y la televisión), quienes apelan a este discurso para acentuar la supremacía de una región sobre la otra.

Fútbol deporte, fútbol juego, fútbol espectáculo

Hasta el momento nos hemos dedicado a la problematización conceptual de la cuestión regional. Antes de analizar cómo se expresa el regionalismo en el fútbol ecuatoriano es necesario, siguiendo el hilo conductor de este trabajo, empezar por el análisis de cómo entender el fútbol desde una perspectiva antropológica.

Al adentrarnos en el fenómeno deportivo que es el fútbol no es nuestro interés analizar el comportamiento o las características propias de los espectadores, ya sean de Quito o de Guayaquil. No se trata de ver si en unos estadios lanzan fundas llenas de orina o se lee la Pepe Mayo¹⁰ y en otros no. Por el contrario, como se dijo en las primeras líneas, se trata de analizar al fútbol como fenómeno social, ver cómo desde el surgimiento del profesionalismo en nuestro país se hace notorio el problema regional y, finalmente, analizar los discursos (expresados en barras y cánticos) tanto de los hinchas como de los medios.

Desde el punto de vista sociocultural el fútbol es una práctica festiva que genera en las personas procesos de identidad y mecanismos de reconocimiento. Esta manera de ver el fútbol se contrapone a las formas tradicionales que lo interpretaban desde una lógica política o una económica. Así, para los unos:

“La práctica y, más aún, el espectáculo deportivo, ‘aparatos ideológicos del Estado’, vendrían alentados para disuadir a las masas oprimidas de la lucha de clase contra sus explotadores, para favorecer el embrutecimiento intelectual y la despolitización del pueblo. El ‘fundamento universal es consolar a los trabajadores con la diversión, justificando así la opresión, la miseria, el empobrecimiento, el chauvinismo, el culto al Estado’. Este ‘opio del pueblo’ produce un irremediable efecto de ‘cretinización política’” (Bromberger, 1991: 154).

A esta visión completamente maniquea y manipuladora se opondrá otro tipo de análisis también sesgado, el cual “se funda en la certeza de que la idolatría de la pelota es la superstición que el pueblo merece. Poseída por el fútbol, la plebe piensa con los pies, que es lo suyo, y en ese goce subalterno se realiza. El instin-

to animal se impone a la razón humana, la ignorancia aplasta a la Cultura y así la Chusma tiene lo que quiere” (Galeano, 1995: 36).

Estas ideas distan de ser estudios rigurosos sobre el tema del fútbol, ya que cuando el análisis de la actividad deportiva se esquematiza se pierde su dimensión cultural. Es por esto que al fútbol hay que entenderlo también desde una lógica simbólica, como catalizador de identidades sociales, regionales, nacionales y continentales. “Caracterizar al deporte como una forma de dominación y situarlo como un apéndice de los aparatos ideológicos del Estado, como un instrumento de control de las masas y una forma de evasión, es desconocer la función social que cumple y negar su valor cultural” (Medina Cano, 1996: 30). En este sentido, el fútbol se transforma en un fenómeno social de gran importancia, que envuelve una compleja red de relaciones sociales y de intereses, a veces más, a veces menos divergentes: lo que nos preocupa es su lógica simbólica, descubrir cómo el deporte como medio permite la expresión de algunos valores de la sociedad. Para comprender estas ideas hay que entender que el fútbol es a la vez un deporte, un juego y un espectáculo.

El fútbol como deporte

Entre los autores que más se han dedicado al análisis de la formación del espectáculo deportivo (Pierre Bourdieu, 1983; Norbert Elias y Eric Dunning, 1995, entre otros), la mayoría coincide en que cualquier actividad que se defina actualmente como deporte tiene que ser valorizada por dos aspectos: por el culto al cuerpo y por su carácter lúdico. Pero esta doble valorización del deporte es parte de la concepción occidental moderna (Alves de Souza, 1996: 8). En esta misma dirección, se plantea también que el deporte es una esfera de la vida social destinada a contrabalancear las presiones y el stress provocados por la rutina, sobre todo en las sociedades urbanas e industrializadas. Es un alejarse de la realidad ordinaria.

Se trata, por lo tanto, de ver al deporte como una liberación de tensiones que produce una excitación agradable, proveniente de cierto grado de ansiedad y de miedo, lo que puede ser entendido como un proceso catártico. Sin embargo, el deporte no es la única forma de liberarse del stress:

“De una manera simple o compleja, a un nivel bajo o elevado, las actividades de placer proporcionan, por un breve tiempo, la erupción de sentimientos agradables fuertes que, con frecuencia, están ausentes en las rutinas habituales de la vida. Y su función no es simplemente, como muchas veces se piensa, una liberación de tensiones, sino una renovación de esa medida de tensión, que es un ingrediente esencial de la salud mental. El carácter esencial de su efecto catártico es la restauración del ‘tonus’ mental a través de una perturbación temporal y pasajera de excitación agradable” (Elias y Dunning en Alves de Souza, 1996: 11).

Siguiendo a este autor, la excitación experimentada en el deporte como actividad mimética va acompañada de una acción des-rutinizadora, que posibilita una especie de “compensación alusiva” al stress, tanto para quien practica como para quien asiste. El deporte, en este sentido, representa una interrupción moderada en las habituales restricciones del comportamiento cotidiano. Es por esto que las partidas de fútbol poseerían, en gran parte, fines en sí propios: “Y su finalidad, consistiría en dar placer a las personas” (Elias y Dunning en Alves de Souza, 1996: 11).

El fútbol como juego

Lévi-Strauss en su libro *Pensamiento Salvaje* (1962) cuenta una costumbre de los Gahuku-gama, tribu de Nueva Guinea, a quienes les enseñaron el juego de fútbol. Sin embargo, lo practican con una variante: juegan durante muchos días seguidos tantos partidos cuantos sean necesarios para equilibrar exactamente los ganados y los perdidos. Para Lévi-Strauss todo juego se define por sus reglas, las que son universalmente aceptadas por practicantes y asistentes, y tornan posible un número ilimitado de combinaciones de partidas.

Los juegos, según Caillois, tienen dos componentes: la *paidia* y el *ludus*. La *paidia* (palabra griega que significa niño) alude a la libertad originaria que da origen al juego, a la capacidad primaria de improvisación y de alegría vital, a la tendencia al divertimento, a la fantasía incontrolada, a la impetuosidad que hay en el juego. Expresa la agitación desordenada y espontánea, la recreación impulsiva, relajada y a menudo desenfrenada, en cuyo carácter improvisado y sin reglamentar reside la verdadera, sino la única, razón de ser del juego. El *ludus* (palabra latina que significa juego) designa la tendencia inversa, la necesidad de someter el juego a convenciones arbitrarias, a obligaciones. Se refiere a la dificultad gratuita y reglamentada, a las convenciones imperativas y coactivas que determinan el juego. El juego va acompañado del placer de superar dificultades o riesgos artificiales, de salvar obstáculos creados por los propios jugadores (Caillois en Medina Cano, 1996: 35-36)¹¹.

Si nos detenemos en el segundo componente, es decir, en el *ludus* que hay en el fútbol oficial, se puede manifestar que el juego de fútbol consta de dos equipos, cada uno compuesto por once jugadores que se encuentran en una relación de interdependencia en constante movimiento y transformación. El lugar de la partida es sobre un campo o cancha de hierba de forma rectangular que mide entre 100-110 metros de largo por 64-75 metros de anchura. Cada juego dura legalmente noventa minutos dividido en dos tiempos de cuarenta y cinco con un intervalo de quince minutos entre tiempo y tiempo. El juego consiste en meter el balón –que es de forma circular, dimensiones de 68-71 cm de circunferencia y peso de 396-453 gramos– en un receptáculo contrario denominado arco o portería, de las dos que existen (una por cada equipo), con 7,32 m de largo por 2,44 m de altura. Al acto de meter el balón en el arco se lo denomina “gol”.

La particularidad del juego consiste en que ningún jugador (excepto el arquero) puede utilizar las manos. El fútbol se realiza sobre todo con los pies, pero se puede utilizar el resto del cuerpo (cabeza, pecho, piernas, etc.). Solamente se pueden utilizar las manos para los saques laterales (cuando el balón sale del rectángulo) y para acomodarlo cuando se ha pitado una falta o se cobra un tiro de esquina. Cada equipo puede hacer tres cambios de jugadores si el entrenador técnico lo estima conveniente. Gana el juego quien logra meter más goles a su adversario.

Además de los veintidos jugadores existentes en el terreno hay tres árbitros: uno central (que es el principal) y dos laterales. El árbitro central del partido es la autoridad máxima del encuentro: él es quien dictamina si un gol es lícito o no. Nadie puede contradecir la decisión del árbitro por más que éste se haya equivocado. Tiene igual poder en la cancha que un presidente de la república, que un rey o que un papa. Si lo desea puede expulsar a los jugadores enseñando una tarjeta roja o también amonestar, ya sea verbalmente o sacando una tarjeta amarilla de acuerdo a la gravedad de la falta. El árbitro se tiene que regir por un reglamento que se ha ido modificando constantemente con el paso del tiempo. Están prohibidas las jugadas desleales: se busca siempre que prime el “*fair play*”.

Finalmente, cabe indicar que existe otro aspecto “extra-juego” que vale la pena tener muy en cuenta: su creciente racionalización. Cada vez más se juega seriamente: se juega para ganar, no solamente para competir y menos aún para gozar. Esta racionalización puede ser percibida en el ámbito de las reglas deportivas que, además de tratar de frenar o poner limitaciones al juego violento, también interfieren y limitan las excitaciones y el placer¹². Galeano lo denomina “*la tecnocracia del deporte profesional*, la cual ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegoría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún descarado carasucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad (Galeano, 1995: 2)”.

Dicha racionalización cobra fuerza a partir de la profesionalización e institucionalización de este deporte, como también por la transformación de los clubes en “empresas”. Esta manera de ver a un club como una empresa, con un fuerte apego a la publicidad y al marketing, en donde los jugadores actúan como personas-propaganda, sirve como paradigma para el suceso financiero¹³ en el fútbol profesional. Todo esto corresponde a la lógica económica de la que hablamos al inicio de este acápite (Alves de Souza, 1996: 19-20).

El fútbol como espectáculo

Para algunos autores al fútbol hay que considerarlo como espectáculo por la forma en que es jugado. La utilización primordial de los pies y las piernas, extre-

midades que son de difícil dominio, hace que se le considere como tal. Sin embargo, lo que lo convierte propiamente en un espectáculo es la capacidad de emitir y recibir mensajes, crear símbolos y condensar emociones. Es decir, es la capacidad de ritualización que tiene el fútbol la que le da esta característica:

“El espectáculo futbolístico es una fiesta ritual multitudinaria que congrega a poblaciones enteras. Contiene un anhelo vehemente y profundo, una fuerza de participación y de creación. No es un Estado pasivo: es una reivindicación de la existencia, es expresión de contenidos comunitarios” (Medina Cano, 1996: 43).

Se convierte en ritual desde el momento en que el acontecimiento deportivo implica una ruptura con la cotidianeidad, y que el suceso se da en un espacio y tiempo determinado. Si se ve al fútbol como espectáculo ritual hay que saber que todo ritual tiene uno(s) marcador(es) de entrada y uno(s) de salida. Así, en el fútbol se puede observar claramente estos marcadores, que vendrían a ser todos los preliminares antes del inicio del encuentro o, concretamente, la entrada de los espectadores a los estadios (marcador de entrada), el “pitazo” final y la celebración o derrota (marcador de salida). También está el punto máximo de condensación, que viene a ser el gol. Sin embargo, para que sea considerado como tal, tiene que existir público¹⁴. El público es el asistente al juego, y cuando entra al lugar donde se llevará acabo el ritual adquiere una identidad de “hincha”, y se une a un colectivo que está en confrontación con la hinchada adversaria. Es importante señalar que la palabra “hincha” viene del verbo “hinchar” y:

“El verbo “hinchar” significa vibrar, gritar, gesticular, doblar, duplicar, enroscar, etc. El sustantivo “hincha” designa, por lo tanto, la condición por la cual se gesticula por un tiempo y se retuerce todos los miembros en la apasionada esperanza de la victoria. Con esta actitud, se reproduce más plásticamente la participación de espectador que co-actúa dinámicamente, de forma intensa, como si con esta conducta desesperada pudiese contribuir al éxito de su equipo” (Rosenfeld en Alves de Souza, 1994: 27).

Por otro lado, el estadio es el lugar del espectáculo deportivo. Es un espacio ritual: contiene la masa, la sensación comunal expresada por los colores del equipo, los gritos, banderas, movimientos sincronizados que acompañan las situaciones creadas por los jugadores. Los que conforman esta comunidad son proyección del equipo, son copartícipes gozosos de una comunidad en la que su ego se diluye (Medina Cano, 1996: 46).

Según el autor citado, el estadio es una pirámide invertida, que permite por su forma concéntrica (por su fuerza centrípeta) sentir momentáneamente la percepción de la totalidad, como si la ciudad fuéramos todos. Lo sublime, la perfección espiritual no es lo que busca simbólicamente el hincha que acude al estadio: su punto máximo no es la altura, es la profundidad. No mira hacia arriba, hacia

lo superior como las pirámides o las catedrales: el estadio es un cono invertido, como el infierno de la Divina Comedia, que se proyecta hacia lo terrenal, hacia la materialidad. No es el espacio de la racionalidad (por más que algunos quieran convertirlo en tal), del orden y la simetría social. Al ubicar su centro hacia abajo permite que la afectividad se precipite, que la emotividad se concentre y encuentre una salida. Los estadios son “sumideros de pasiones”.

En este ritual existen dos contiendas: la que se realiza en la cancha y la que se da en los graderíos. Los jugadores que representan a alguna colectividad, cuando juegan fútbol, son los sujetos y actores del espectáculo, o sea, son los participantes directos; mientras que los hinchas, vía la identificación con los jugadores, se transforman también en sujetos simbólicos del espectáculo y de él participan indirectamente. Existen por lo tanto participantes directos e indirectos en el espectáculo del fútbol.

Dichos participantes indirectos mantienen una “guerra” con su adversario en los graderíos, en la medida de poder sentir una de las satisfacciones humanas más profundas, como lo es el ver derrotado a sus contendientes. Es por esto que se puede afirmar que el espectáculo deportivo cumple un doble papel: paradójicamente integra y divide. Por un lado vincula, con un renovado sentido de pertenencia, a personas de las más diferentes condiciones (económica, cultural, social, intelectual, racial). El individuo, al pertenecer a un mismo grupo de seguidores, renueva su condición de ser social y asimila su individualidad al ser colectivo. El triunfo de la selección nacional del país es una ocasión para afirmar su sentido de pertenencia. Por otro lado, es un medio de expresión dramática de las tensiones entre grupos y regiones, de las divisiones sociales más significativas, de los diferentes tipos de antagonismos. Permite expresar lealtades particulares y divisiones sociales y culturales. El campeonato nacional es un duelo entre regiones, entre ciudades, colores y estilos de juego que confirman la diversidad y la pluralidad cultural del país (Medina Cano, 1996: 33). En el Ecuador este segundo papel es mucho más notorio que su función integradora.

Todos estos elementos, las reglas, los personajes, el escenario, el tiempo y el espacio, hacen del fútbol un espectáculo con características rituales, un “juego profundo”¹⁵ en términos de Geertz, en la medida en que produce sufrimiento antes del placer, lo que hace del fútbol no sólo un deporte, sino un juego y un espectáculo a la vez.

El fútbol como espacio de expresión y construcción de la identidad regional

Con los elementos que he desarrollado hasta el momento (la conceptualización de región, cuestión regional y regionalismo por un lado, y la manera de en-

tender el fútbol como deporte, juego y espectáculo) se puede seguir en el desarrollo de la tesis central que va encaminada a invalidar el discurso de que en el Ecuador prima el ideal de “unidad” y de Estado-Nación sólido y unificado⁶. Este discurso, manejado sobre todo por el poder central y las fuerzas armadas, se ve truncado por la existencia de otro tipo de identidades: las regionales.

Así, es necesario reafirmar que en el fútbol ecuatoriano existen dos “potencias” regionales que han estado en constante conflicto y disputa por mantener una hegemonía tanto a nivel dirigenal-institucional (disputa por controlar la Federación Ecuatoriana del Fútbol) como a nivel de los triunfos obtenidos en los campeonatos nacionales. Nos referimos a Quito y Guayaquil. Las diferencias existentes entre ambas se pueden observar y analizar a través de los mensajes y símbolos que, dentro del espectáculo del fútbol, se expresan de manera clara en los cánticos y gritos de los hinchas, como también en el discurso de los *mass media*.

Teniendo siempre presente que el fútbol es un vehículo de socialización, un sistema que con sus símbolos permite la comunicación y la vivencia de valores colectivos, se trata de una actividad que suministra una forma colectiva de identidad. Cuando hablamos del fútbol como ritual se dijo que era un espacio en donde se creaban y recreaban símbolos. El símbolo es la unidad mínima del ritual y es “una cosa que, por acuerdo general, se considera como tipificación o representación o evocación naturales de otra por poseer cualidades análogas o por asociación real o de pensamiento” (Turner, 1995: 24). Los símbolos que se observan dentro de un estadio son de diferente índole: banderas, himnos, cánticos, objetos, caras pintadas, colores, movimientos, posiciones, vestidos, entre otros. Aquí sería útil introducir un esquema clasificatorio de los símbolos e indicios de “identidad regional”, inspirado en la antropología simbólica o en la semiótica de la cultura.

Según Giménez (1999) los significantes primarios de la simbólica regional son de dos tipos: por un lado, todo lo que está ligado a la territorialidad, y por el otro lo ligado a los factores étnico-raciales. A estos dos hay que sumar el elemento histórico, indispensable para comprender este proceso de formación de identidades regionales. Es por esto que resulta importante anotar algunos aspectos del origen del profesionalismo del fútbol en nuestro país.

Si bien es cierto que existieron y que existen antagonismos locales, es notorio que los conflictos más relevantes se encuentran en el ámbito regional. Todo ello debido a la forma de estructuración del campeonato de fútbol. Cuando recién se institucionalizó este deporte, existían cuatro asociaciones: Quito, Guayaquil, Ambato y Manta. Cada asociación tenía su propio reglamento y se jugaban simultáneamente los campeonatos locales y el campeonato nacional. De estas cuatro asociaciones, la Federación Deportiva del Guayas y la de Pichincha eran las más importantes. Esto, a mi modo de ver, constituye el origen del surgimiento de un antagonismo regional dentro del fútbol ecuatoriano. El hecho de que no haya

existido un campeonato unificado desde el principio, que Quito y Guayaquil hayan tenido sus propios campeonatos, fomentó que la disputa del campeonato nacional adquiriera matices regionales. Como bien señala Ibarra:

“Si retrocedemos hacia los años ‘50 y ‘60, cuando surge el fútbol profesional, éste era un campo más de confrontación regional costa-sierra con los campeonatos nacionales de fútbol. A nivel local era la expresión de un tipo de identidades en conflicto. En Guayaquil¹⁷, Barcelona, que representaba a los plebeyos, y Emelec, que representaba a los ‘añiados’. En Quito¹⁸, LDU, que expresaba a las clases medias blancas (como la camiseta), y Aucas, que era la representación de los sectores populares” (Ibarra, 1997: 25).

Esta modalidad de campeonato local y nacional simultáneos se mantuvo por algunos años. Posteriormente el campeonato pudo unificarse, aunque, con el precedente que existió, se fue consolidando una idea de identidad regional: es por esto que hasta la actualidad, y no sólo en sus inicios, el fútbol constituye una confrontación regional. Es importante señalar como dato que son los equipos de Guayas y Pichincha los que han ganado los campeonatos nacionales disputados hasta el momento, excepto el del último año, ganado por primera vez en la historia por un equipo que no pertenece a ninguna de las dos provincias señaladas: el Club Olmedo de Riobamba. Así, de un total de cuarenta y dos competiciones disputadas entre 1957 y 2000¹⁹, veinte y dos ocasiones han ganado equipos de Guayas (trece veces Barcelona, ocho Emelec y una Everest) y diez y nueve veces equipos de Pichincha (once Nacional, seis L.D.U., y dos Deportivo Quito). Esto demuestra la supremacía de estas dos regiones a lo largo de la historia de los campeonatos de fútbol. En los primeros años existió un dominio de los equipos de Guayaquil, quienes ganaron los primeros ocho torneos a excepción del del año 1964, en el que no participaron equipos del Guayas. En la década de los ‘70 hubo una supremacía de los equipos de Quito, quienes ganaron la copa siete años consecutivos (1973 a 1978). Los siguientes años fueron más competitivos, pero inclinándose la balanza un poco más hacia los equipos guayaquileños.

Otro factor a considerar, y que constituye un elemento importante para la tesis central, se relaciona con la conformación de la selección nacional. Si bien es cierto que en la actualidad cuando juega la selección nacional florecen sentimientos nacionalistas, la noción de “patria” adquiere dimensiones exacerbadas. Así, se crea todo un discurso de pertenencias identitarias en torno a este deporte fundamentalmente cuando se disputan certámenes internacionales. Este vínculo nación-fútbol surgió sobre todo a raíz de la Copa América 1993 disputada en Ecuador y las posteriores eliminatorias de los mundiales. El ex presidente de la República Sixto Durán Ballén se refería a ello de esta manera: “La Copa América ha servido para demostrar que los ecuatorianos sí podemos unirnos; que se pueden lograr cosas imposibles si nos integramos; que podemos hacer patria y que, definitivamente, hacer deporte es hacer patria” (*El Comercio*, 12 de junio de 1993).

La frase “todos somos la selección” –slogan con que los medios de comunicación publicitaron la participación del equipo nacional en las eliminatorias para el mundial de 1998– es un ejemplo del tipo de discurso que se crea, invocando cierto “espíritu” de nacionalidad y de unidad. Este sentimiento de unidad tiene una duración muy corta: se derrumba inmediatamente si el resultado del encuentro es negativo y, si se gana, la duración de este sentimiento de unidad dura hasta el festejo, pero se va diluyendo lentamente.

Con respecto a la conformación del seleccionado ecuatoriano, es necesario traer a la memoria el siguiente hecho: en el año 1965 la selección de Ecuador tenía que medirse ante los seleccionados de Colombia y de Chile pero, por problemas de organización interna, la participación de la selección en dicha eliminatoria mundialista era cuestionada. Al respecto,

“La Federación Deportiva Nacional del Ecuador (F.D.N.), ante el ningún trabajo [sic] realizado por la comisión técnica para encarar las Eliminatorias, resolvió que los juegos se realicen en Quito y Guayaquil. Sobre la base de elementos de Pichincha se conformará el seleccionado ecuatoriano que medirá a Colombia en Barranquilla y Quito; y con la participación de jugadores del Guayas se integrará el plantel nacional que medirá a Chile en Guayaquil y Santiago” (*Revista Estadio*, 1965: 31).

Este hecho demuestra claramente que no se tenía –ni se tiene– una idea del Ecuador como país unificado. Por el contrario, queda demostrado claramente que en nuestro país prevalecen las identidades regionales llegando a tal punto que las regiones de Quito y Guayaquil en su momento representaron, cada una por su cuenta, a todo el Ecuador. Al ver este hecho, se comprende perfectamente las palabras de Francisco Maturana, ex entrenador de la selección nacional, quien manifestó: “cada región lucha por su sector” o “acá hay una realidad evidente y tengo licencia, por vivir un año en Ecuador, para darme cuenta: son *dos países en uno*. Históricamente han existido más hechos que los separan que aquellos que los unen”²⁰ (Maturana, 1997: 21, 35-36).

Todos estos aspectos han llevado a una exacerbación y al odio entre quiteños y guayaquileños, que se expresa claramente en los cánticos y barras de los diferentes equipos. No es raro oír en los estadios barras de los equipos de Quito como: “el que no salta es mono, mono maricón”. Y la respuesta de los guayaquileños: “el que no salta es longo, longos mismo son”. Si bien es cierto que todo esto es producto de la pasión y el placer que provoca el fútbol, se ha llegado a extremos de profundo “odio” hacia el otro. Así, encontramos barras mucho más fuertes como: “Guayaquileño ladrón marihuanero, después de ser ratero pasaste a maricón. Guayaquileño pedazo de hijo de puta, que vives en la puta rincón del Ecuador” o “y dale, y dale y dale niño dale, niño corazón”²¹.

Estos cánticos van acompañados de una carga simbólica y de representaciones sociales que manifiestan un sentido de pertenencia y un grado de lealtad con

la región. Cuando se hablaba al inicio de este trabajo de la identidad como un sistema de relaciones y representaciones, hay que entender, como manifiesta Rivera, que las representaciones sociales son un conjunto de nociones, imágenes y acciones que sirven de filtro para la percepción de sí mismo y de la realidad, y que funcionan como guía o principio de las actividades humanas. De esta manera, las representaciones no son simples imaginaciones subjetivas desprovistas de consecuencias prácticas, sino entidades operativas que determinan, entre otras cosas, el sistema de preferencias, las opciones prácticas y las tomas de posición de los individuos o grupos. En este sentido, el fútbol es un espacio donde se expresa y se construye dicha pertenencia y lealtad con la región. Un espacio para reafirmar la identidad regional.

Esta identificación con la región se puede adquirir a partir de dos tipos de membresías: por “membresía territorial” y por “membresía espacial”²². En el primer caso, es el mismo espacio el que provee de una identidad a sus ocupantes, identidad que coexiste con otras, como la de clase y la de etnia. En el segundo caso, son los ocupantes los que otorgan identidad al espacio, lo que implica la presencia de una conciencia comunitaria que se impone sobre otras identidades. En Quito, Guayaquil y Cuenca predominó la membresía espacial. Cuando se habla de estos centros, no nos referimos a centros metropolitanos a secas, sino a comunidades unidas (imaginadas) por relaciones de parentesco, por lazos de cultura y por una memoria colectiva (Maiguashca, 1994: 362).

Finalmente, esta identidad regional expresada y construida a través del fútbol, fruto de todo un proceso histórico que ha marcado las diferencias existentes entre una región y otra, implica procesos específicos de producción, circulación y recepción de los discursos y los imaginarios que no sería posible sin los medios de comunicación. El papel que juegan en todo este proceso es fundamental y, a mi modo de ver, son responsables directos de esta diferenciación regional. Sin embargo, hacer el análisis de los discursos que se producen en los medios de comunicación es tema para una investigación aparte: solamente queremos dejar mencionado el “poder” que tienen y su influencia en las personas. Todo esto ha hecho que las identidades regionales se acentúen de manera tal que sobrepasan y se vuelven más “primordiales” que la débil y distorsionada noción de identidad nacional que existe en nuestro país.

Bibliografía

- Almeida, José 1996 “Polémica antropológica sobre la identidad”, en *Identidad y ciudadanía. Enfoques teóricos* (Quito: FEUCE-ADES-AEDA) Colección Utópicas.
- Almeida, José 1997 “Identidades múltiples y Estado unitario en el Ecuador”, en *Identidad nacional y globalización* (Quito: ILDIS).
- Alves de Souza, Marcos 1996 *A “nação em chuteiras”: raça e masculinidade no futebol brasileiro* (Brasília: Programa de Pós Graduação em Antropologia Social do Departamento de Antropologia da Universidade de Brasília).
- Anderson, Benedict 1993 *Comunidades imaginadas* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Bobbio, Norberto 1974 *Diccionario de política* (México: Editorial Siglo Veintiuno).
- Bourdieu, Pierre 1983 “Como é possível ser deportivo?”, en *Questões de Sociologia* (Río de Janeiro: Editora Marco Zero).
- Bourdieu, Pierre 1996 *Cosas dichas* (Barcelona: Editorial Gedisa).
- Bromberger, Christian 1991 “Per una etnologia dello spettacolo sportivo”, en *Identità culturali* (Italia: Francoangeli).
- Coraggio, José Luis 1989 “Los términos de la cuestión regional en América Latina”, en *La cuestión regional en América Latina* (Quito: Ciudad-IIED).
- Eliás, Norbert y Eric Dunning 1995 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Galeano, Eduardo 1995 *El fútbol a sol y sombra* (Colombia: Tercer Mundo).
- Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (España: Editorial Gedisa).
- Giménez, Gilberto 1999 “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en José Manuel Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades* (México: El Colegio de la Frontera Norte – Plaza y Janes).
- Guerrero Burgos, Rafael 1994 *Regionalismo y democracia social en los orígenes del CFP* (Quito: CAAP).
- Ibarra, Hernán 1997 “La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política”, en Rivera, Freddy (ed.) *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 40.
- Jiménez, Gilberto 1993 *Notas para una teoría de la región y de la identidad regional* (San Andrés Totoltepec).

- Levi-Strauss, Claude 1962 *El pensamiento salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica).
- López y Rivas, Gilberto 1996 *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo* (México: PyV editores).
- Manguashca, Juan 1983 “La cuestión regional en la historia ecuatoriana”, en Ayala, Mora (comp.) *Nueva historia del Ecuador* (Quito: Corporación Editoria Nacional) Vol 12.
- Manguashca, Juan 1994 “El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895”, en *Historia y región en el Ecuador 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO).
- Maturana, Francisco 1997 *¿Qué le pasa al fútbol ecuatoriano?* (Quito: Editorial El Comercio).
- Medina Cano, Federico 1996 “Al calor de la jugada: el fútbol, signos y símbolos”, en *Boletín de Antropología* (Antioquia: Universidad de Antioquia) Vol. 10, N° 26.
- Ñuño, Juan 1996 “Razón y pasión del fútbol”, en *Letra Internacional* (Madrid) N° 44.
- Quintero, Rafael 1991 “Legitimidad, poder y región”, en *La Cuestión regional y el poder* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERALC).
- Quintero, Rafael y Erica Silva 1983 “Estado, nación y región en el Ecuador”, en *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 3.
- Quintero, Rafael y Erica Silva 1991 “Región y representación política en el Ecuador contemporáneo (1939-1959)”, en *La cuestión regional y el poder* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERALC).
- Rivera, Freddy 1994 “El ocaso de las representaciones: indios y Estado nacional en el Ecuador”, ponencia presentada a la *XVI Asamblea General de Clacso* (Caracas).
- Rivera, Freddy 1996 “La identidad: breves ámbitos de discusión”, en *Identidad y ciudadanía. Enfoques teóricos* (Quito: FEUCE-ADES-AEDA).
- Saint-Geors, Yves 1994 “La sierra Centro y Norte (1830-1925)”, en *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO).
- S/N 1965 “Ante la copa del mundo”, en *Revista Estadio* (Guayaquil) N° 49.
- S/N 1997 “Regionalismo en el Fútbol”, en *Revista el Callejón* (Quito) N° 3.
-

Trujillo, Jorge 1983 “La cuestión regional en el Ecuador”, en *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 3.

Turner, Victor 1995 “Los símbolos en el ritual Ndebu”, en *Cosmos, hombres y sacralidad* (Quito: Abya-Yala).

Velazco Mackenzie, Jorge 1991 *El rincón de los justos* (Quito: Editorial El Conejo).

Notas

1 Al respecto ver Almeida (1996).

2 En el mismo sentido Bourdieu (1996) manifiesta que para hacer un estudio del deporte es necesario poner en relación este espacio de los deportes con el espacio social que en él se expresa.

3 Para este autor, la “región” es el conjunto económico y social que se desarrolla en un espacio dado y con una estructura coherente y original que la diferencia de las otras. Sin embargo, esta definición no toma en cuenta algunos aspectos, como veremos más adelante.

4 Rafael Quintero y Erica Silva (1991), y Maiguashca (1994), son quienes más se han preocupado por este aspecto, siendo sus trabajos indispensables para cualquier estudio sobre la cuestión regional.

5 Se ha creado un complejo discursivo de pertenencia identitaria a la nación en torno a la participación ecuatoriana en los distintos certámenes internacionales que ha venido disputando.

6 Al respecto, ver Guerrero Burgos (1994).

7 Es importante señalar que muchas veces se ha considerado al regionalismo o a la cuestión regional como sinónimo de “anti-unitarismo”. Tal equivalencia es fundada en un sentido, pero errada en otro. Es fundada por los aspectos señalados en líneas anteriores. Pero es errada en la medida en que no en todos los casos se tiende a la abolición de la unidad nacional. El caso del levantamiento de Chiapas es un ejemplo de lo que decimos (sobre este tema ver López y Rivas, 1996).

8 Es también pertinente la definición de Giménez (1999) quien plantea que se puede distinguir grados de pertenencia socio-territorial según el grado de involucramiento o de compromiso, que pueden ir del simple reconocimiento (*awareness*) del propio “status de pertenencia” al compromiso ideológico activo y militante. En este último caso se habla de regionalismo o de movimientos regionales.

9 Nos alineamos con la propuesta de Maiguashca, quien ubica tres regiones en la historia de la república ecuatoriana: Quito, Guayaquil y Cuenca. Sin embargo, para el caso que analizamos, Cuenca no constituye una “potencia regional” futbolísticamente hablando. Más adelante explicaremos con detenimiento esta idea.

10 Jorge Velasco Mackenzie, en su libro *El Rincón de los Justos*, cuenta que Pepe Mayo era una pequeña revista pornográfica de historias contadas a través de dibujos que, en Guayaquil, se vendía sobre todo en los estadios de fútbol.

11 Para este autor el juego cuenta con seis propiedades formales básicas. A su entender tiene que ser libre, improductivo, reglamentado, separado, incierto y ficticio.

12 Esta racionalización también se puede observar desde el punto de vista de las tácticas (cada día más conservadoras) utilizadas por algunos directores técnicos, para quienes lo único que interesa es el triunfo.

13 A finales de 1994, hablando en Nueva York ante un círculo de hombres de negocios, Havelange, presidente de la FIFA, confesó algunos números: “Puedo afirmar que el movimiento financiero del fútbol en el mundo alcanza, anualmente, la suma de 225 millones de dólares” (Galeano, 1995: 169).

14 Según Juan Nuño no hay juego sin público. Prueba de que el público es esencial al espectáculo es que cuando, por cualquier razón, se han tenido que disputar encuentros deportivos a prueba cerrada, esto es, sin público, no sólo ha decaído la calidad de la competencia sino que en cierto momento ha perdido su sentido.

15 O, en términos de Goffman, “una reunión focalizada”, un conjunto de personas entregadas a un flujo común de actividades y relacionadas entre sí en virtud de ese flujo. Esas reuniones se forman y se dispersan; sus participante fluctúan; la actividad que los concentra es un proceso singular, particular, que se repite de cuando en cuando en lugar de ser un proceso continuo (Goffman en Geertz, 1990: 348).

16 La construcción de discursos y prácticas integracionistas “nacionales” ha atravesado varias etapas con distintas figuras y representaciones. Para un análisis detallado de estos procesos de representación de lo “nacional” como discurso, figura y política ver Rivera (1994).

17 En el campeonato guayaquileño participaron el Patria, Panamá, Everest, Barcelona, Emelec, Guayas, Nueve de Octubre, Español y Uruguay entre los más importantes.

18 En Quito los principales equipos eran L.D.U., Politécnico, Nacional, Deportivo Quito, América, Aucas y Católica.

19 En los años de 1958 y 1959 no hubo campeonatos nacionales.

20 Este problema también se siente a nivel de los jugadores que integran la selección. Algunos de ellos han sentido este desprecio y segregación (ver *Revista el Callejón*, 1997: 28-29).

21 Estas últimas barras se refieren al fenómeno del Niño que afectó principalmente la costa ecuatoriana y que simboliza no sólo el deseo de ver destruido el litoral sino también una cierta alegría por los destrozos ocurridos en esta región.

22 En la misma línea, Giménez (1999) plantea dos tipos de identificación regional, por pertenencia y por referencia, y mantiene la hipótesis de que se dan, en forma combinada, dependiendo de la extensión y de la escala geográfica en que se define lo regional.